

LAURA BALDINI

LA ESCUELA DE LA VIDA

Una novela apasionante basada en la increíble
historia real de Maria Montessori.



LAURA BALDINI

LA ESCUELA DE LA VIDA

Traducción de Albert Vitó i Godina

 Planeta

Título original: *Lehrerin einer neuen Zeit*

© Piper Verlag GmbH, München, 2020
© por la traducción, Albert Vitó i Godina, 2021
© Editorial Planeta, S. A., 2021
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: junio de 2021
ISBN: 978-84-08-24393-9
Depósito legal: B. 6.359-2021
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Liberdúplex
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ROMA, OTOÑO DE 1894

—¿Dónde está papá?

Nerviosa, Maria no paraba de andar de un lado a otro del comedor. Cada vez que oía el ruido que anunciaba el paso de un carruaje, se pegaba a la ventana que daba a la calle y miraba hacia abajo.

—Llegará enseguida —dijo Renilde Montessori para tranquilizar a su hija. Levantó los ojos de su bordado, un pañito con el que pensaba decorar la oscura cómoda de madera de cerezo, para que las visitas pudieran ver que era una mujer pulcra y mañosa—. Tu padre sabe que debe acompañarte hoy a la universidad.

—A veces tengo la impresión de que papá llega tarde a propósito para complicarme todavía más la carrera. Como si no fuera ya lo suficientemente difícil. Cada día tengo que imponerme a la envidia de mis compañeros y a la ignorancia de unos profesores que no soportan ver a una mujer en sus respetables aulas.

Maria se apartó de la mesa y se dejó caer de forma nada elegante sobre una de las sillas. Empezó a tamborilear con sus largos y delgados dedos sobre la superficie de madera.

—Tonterías. Seguro que tu padre llega pronto. Sabe

perfectamente que no puedes ir sola al Instituto de Anatomía. Y en este caso no basta con que yo o cualquier otra mujer nos sentemos en el carruaje contigo. Para lo que te propones no basta la compañía de una simple dama, necesitas que te acompañe un hombre —le recordó Renilde. Acto seguido, frunció el ceño y le lanzó una mirada reprobatória a Maria—. Para de una vez con los golpecitos.

Maria retiró la mano y la posó sobre el regazo con gesto culpable. A pesar de tener ya veinticuatro años, cuando estaba en presencia de su madre en ocasiones se sentía de nuevo como una chiquilla a la que era necesario reprender por su comportamiento impetuoso. Y eso que era una de las primeras mujeres de Italia que había conseguido estudiar Medicina. El mes anterior incluso había tenido el honor de que le concedieran el anhelado premio Rolli, que otorgaba una impresionante beca estatal de mil liras. Desde entonces, Maria ya no dependía económicamente de sus padres.

—Si fuera cualquier otro seminario o clase, me daría igual llegar tarde —dijo Maria. Estaba acostumbrada, por el hecho de ser mujer, a no entrar en el aula hasta que todos sus compañeros masculinos estuvieran ya sentados. Puesto que algunos tenían por costumbre retrasarse, a menudo le tocaba esperar y nunca conseguía escuchar las primeras frases de los ponentes—. Pero a mi primera hora en la sala de disecciones, y encima siendo una clase particular, sería muy inapropiado no llegar puntual. El profesor Bartolotti no se lo tomaría nada bien.

—Ya lo sé, Maria. Y tu padre también, créeme.

Desde hacía unos días, en casa de los Montessori no se

hablaba de otra cosa. Maria no desaprovechaba ninguna oportunidad de contar a su familia lo que la angustiaba. El aula en la que se diseccionaban cadáveres le parecía un lugar terrorífico que de buena gana habría evitado pisar, pero sin las horas de anatomía no podría licenciarse, por lo que se veía obligada a superar sus miedos.

Renilde dejó su labor de bordado sobre la mesita y miró a su hija con aire alentador.

—Ya has llegado hasta aquí; conseguirás superar también esta parte.

Al contrario que su marido, el funcionario de Hacienda Alessandro Montessori, a Renilde la había fascinado desde el principio el itinerario profesional que había elegido su hija, por lo que había apoyado en todo momento y de forma incondicional su propósito de convertirse en una de las primeras médicas de Italia. Para Renilde, la decisión de Maria no había sido ninguna sorpresa. Tras los seis años de escuela primaria, su hija había estudiado la secundaria en un instituto técnico y luego se había especializado durante dos años en ciencias naturales. Por eso el hecho de que eligiera Medicina le había parecido casi una consecuencia lógica. Alessandro Montessori lo veía de otro modo, pero Renilde estaba realmente orgullosa de su hija. Quizás ese orgullo se mezclaba incluso con cierta envidia, puesto que la madre también tenía una mente despierta y compartía el interés de la hija por las ciencias naturales. Por desgracia, le habían prohibido cumplir su deseo de estudiar. Era un privilegio por el que apenas empezaban a luchar entonces las mujeres del Reino de Italia.

—Podrías aprovechar la espera para recogerte de nue-

vo el pelo —le propuso Renilde—. Se te ha soltado un mechón, lo que no solo ofrece una imagen descuidada, sino también frívola. No puedes permitirte que circulen chismes sobre ti.

Maria frunció los labios. Estaba acostumbrada a que su madre criticara su aspecto. Renilde Montessori, cuyo apellido de soltera era Stoppani, procedía de una familia de latifundistas de Chiaravalle, una pequeña población ubicada cerca de Ancona. Como tantos otros italianos, estaba convencida de que la Iglesia católica no solo ofrecía a la gente el único credo verdadero, sino también una serie de reglas que había que respetar a lo largo de la vida. La decencia le parecía, por tanto, una de las mayores virtudes.

Justo cuando Maria se disponía a cumplir con lo que su madre le había sugerido, oyó como se abría la puerta en el piso de abajo.

—¡Por fin! —exclamó, poniéndose en pie de un salto. De repente, los mechones sueltos quedaron olvidados.

Maria cogió la cartera de cuero en la que llevaba los libros, los apuntes y el estuche para los lápices y bajó la escalera a toda prisa. Para no tener que cargar con todo el peso, había dividido los libros en cuadernos de menor tamaño, de manera que se llevaba solo los que necesitaba. Se había propuesto volver a unir los cuadernillos en un solo libro en cuanto hubiera superado los exámenes. A pesar de todo, la cartera pesaba unos cuantos kilos.

—¡Maria!

—¿Sí? —respondió, volviéndose hacia su madre.

—¿Llegarás para la hora de cenar?

—No lo sé.

—Ayer Flavia preparó pasta fresca. Esta noche nos la servirá con mantequilla y hojas de salvia. Es uno de tus platos preferidos.

—Suena genial, mamá, pero por desgracia no puedo decirte a ciencia cierta cuánto tiempo pasaremos en la sala de disecciones.

Por un momento, Renilde pareció decepcionada. La idea de tener que esperar más de lo habitual a que su hija regresara no le gustaba nada. Las conversaciones que mantenía por las noches con Maria eran el momento más deseado de su monótona rutina diaria. Desde hacía años estaba al corriente hasta de los detalles más insignificantes de la vida de su hija, y no quería renunciar a ello en el futuro.

—Te esperaré.

—¡Hasta luego! —exclamó Maria antes de lanzarle un beso con la mano a su madre. Acto seguido, echó a correr de una forma nada femenina por el pasillo que llevaba hasta el vestíbulo, recogiendo la falda para no tropezar con el dobladillo. El gran reloj dorado que llevaba colgado de una cadenilla alrededor del cuello se balanceaba de un lado a otro.

En el vestíbulo de la entrada, su padre la esperaba junto a la puerta. Le había pasado el portafolios a Flavia, la criada, pero se había dejado puesto el sombrero y todavía tenía el bastón en la mano enguantada. Alessandro Montessori era un hombre de una estatura imponente que cuidaba su aspecto con un esmero especial.

—Si sigues corriendo de ese modo, tropezarás con tus propios pies —dijo.

Aun así, Maria se alegró de que su padre volviera a hablarle. Después de que dos años antes ella le hubiera dicho que quería ser médica, él había pasado varias semanas sin dirigirle la palabra, ignorándola sin tapujos cuando le preguntaba qué pensaba al respecto. Comer en su presencia se había convertido en una verdadera tortura. Por suerte, aquella fase ya había quedado atrás. Dos acontecimientos importantes habían contribuido a ello. Por un lado, la beca del premio Rolli, y por otro, el honor que había tenido Maria dos años atrás, con motivo de la fiesta de las flores en la Villa Borghese, de entregarle a la reina Margarita una bandera y un ramo de flores en nombre de la universidad. Posteriormente, en los periódicos había aparecido una fotografía de Maria y de la monarca, y los reporteros no solo habían elogiado la belleza de Margarita, sino también la gracia y la elegancia de la joven estudiante de Medicina.

Aunque Alessandro podía volver a sentirse orgulloso de su hija, los días en los que solía profesarle un afecto cálido e incondicional parecían haber quedado para siempre en el pasado. La decisión de Maria de estudiar Medicina en contra de su voluntad seguía siendo una desilusión para el padre, y a la hija no le había quedado más remedio que conformarse con esa nueva actitud.

—Dentro de una hora debo estar en la sala de anatomía —dijo ella, nerviosa.

—No es un lugar adecuado para una joven como tú —se quejó su padre.

—Te agradezco mucho que me acompañes —contestó Maria, imperturbable.

En lugar de responder, su padre abrió la puerta de en-

trada y la dejó pasar delante. Maria aceptó el guardapolvo que le tendía Flavia. La criada llevaba un año trabajando para la familia Montessori. La anterior, Silvia, se había quedado embarazada sin haberse casado, motivo por el que abandonó la casa el mismo día que confesó su estado. Renilde Montessori no toleraba los deslices morales. Por muy adelantada a su tiempo que pudiera ser en cuanto a la educación de su hija, se mostraba muy conservadora respecto a las relaciones entre hombres y mujeres. Maria no se puso el abrigo, sino que se limitó a echárselo por encima de los hombros. No tenía frío. Todo lo contrario: debido a la agitación del momento tenía las sienes repletas de finas gotas de sudor. El corazón le latía a toda prisa, y su respiración también era más rápida y superficial que de costumbre. Quizás debería haberse aflojado un poco el corsé antes de salir. Sin embargo, sabía de primera mano que su apariencia podía influir en las miradas de sus colegas masculinos. Cuanto más estrecha era su cintura y más femenino su aspecto, más se acercaba a conseguir que la admiración venciera a la hostilidad cuando se encontraba con ellos por los lóbregos pasillos de la universidad.

Maria bajó la amplia escalera de caracol delante de su padre hasta llegar a la planta baja. Frente a la casa aguardaba ya un carruaje oscuro. Alessandro Montessori acababa de llegar del Ministerio de Hacienda, donde trabajaba como primer inspector. En condiciones normales regresaba a casa andando por el paseo que transcurría junto al Tíber. El hecho de que hubiera pedido un coche de plaza le demostró a Maria que no lo había estado esperando en vano, y de inmediato la invadió una sensación de gratitud.

Nada más ver a Maria, el conductor bajó de un salto y le abrió la puerta con galantería.

—*Grazie mille!* —exclamó ella mientras accedía al interior. Su padre ocupó el asiento de tapicería roja opuesto al sentido de la marcha. Apenas se hubieron sentado, el coche se puso en marcha con una sacudida y empezó a avanzar por la calle adoquinada.

La Universidad de La Sapienza, fundada en 1303 como una universidad papal, se encontraba relativamente cerca de la Santa Sede. Entretanto se había convertido en una universidad estatal y constaba de cuatro facultades: la de Teología, la de Filosofía, la de Derecho y la de Medicina. Ese día, Maria y su padre atravesaron Roma, lo que implicaba pasar junto a varios grandes monumentos.

Cualquier otro día Maria habría disfrutado de lo lindo con las vistas que ofrecía el trayecto, le encantaba aquella ciudad tan llena de vida, cuyos edificios contaban historias de tiempos pasados en los que el Vaticano se había disputado la supremacía con dirigentes laicos. Había sido a raíz de la unificación de Italia que Roma se había convertido en una capital moderna, en la que los enfrentamientos bélicos ya no figuraban en el orden del día. Como si de un gran museo al aire libre se tratara, las obras de arte estaban expuestas una tras otra. Sin embargo, ese día Maria no fue capaz de prestar la debida atención al Coliseo, el Foro Romano, el Mausoleo de Adriano o el Panteón. Mientras cruzaban el Tíber, ni siquiera le echó un vistazo al río. Nerviosa, se retorció las manos sobre el regazo contemplando con preocupación las manchas rojizas que le quedaban en la piel.

—No tienes por qué realizar esa práctica —le dijo su padre en voz baja—. Sería comprensible que decidieras abandonar los estudios. No supondría ninguna vergüenza que te decidieras por otro oficio.

—¡De ninguna manera! —respondió ella con vehemencia, aunque enseguida se esmeró en suavizar la voz—. No pienso abandonar por lo que me espera hoy. Dentro de dos años saldré de la universidad siendo doctora.

Preocupado, Alessandro Montessori arrugó la frente. Esa inquietud se sumó a su enfado.

—No está bien que una joven se dedique a cortar cuerpos humanos desnudos.

—¡Vamos, papá! —exclamó Maria, poniendo los ojos en blanco—. Hemos hablado muchas veces de esto. ¿Por qué te parece tan normal que los hombres diseccionen cadáveres y tan escandaloso que lo haga una joven?

—¡Porque es indecoroso! No quiero imaginarme lo que debes de llegar a ver ahí.

Maria se limitó a negar con la cabeza sin responder nada. Estaba harta de esas discusiones que nunca terminaban bien. Abrir en canal un cadáver humano le parecía horrible tanto si lo hacía un hombre como una mujer. Maria sabía que tenía que enfrentarse a la sala de disecciones completamente sola, puesto que no se consideraba adecuado exigir a los estudiantes varones que examinaran cadáveres desnudos en presencia de una mujer. Asimismo, los profesores creían poco conveniente que una joven estudiante viera cuerpos desnudos, pero que encima los viera en presencia de hombres les parecía, además, obsceno. Por ese motivo Maria tuvo que recibir clases teóricas privadas,

para luego poder ejecutar los ejercicios correspondientes sola en la sala de disecciones. Solo podía acceder a la sala cuando el resto de los estudiantes hubieran terminado sus tareas, de manera que cuando sus compañeros por fin salían del aula y le autorizaban el acceso, el sol ya se había puesto.

El cochero se detuvo frente al edificio de cuatro plantas de la Facultad de Medicina. Una amplia escalera conducía hasta la entrada, que a su vez estaba flanqueada a derecha e izquierda por grandes aulas. Maria saltó del carruaje seguida por su padre.

—¿Crees que debería acompañarte hasta la sala?

Maria miró a su alrededor. En la plaza de delante del edificio de la universidad no había casi nadie. Una madre tiraba de un chiquillo que no paraba de llorar al otro lado de la calle, mientras un muchacho empujaba con mucho empeño una pesada carretilla llena hasta los topes de piezas de acero dobladas. Nadie reparó en ella. Maria levantó la vista hacia la fachada. Tras uno de los ventanales del primer piso reconoció a un profesor suyo, que comprobaba que no llegara sola. Aquello bastaba para cumplir con los requisitos de decencia.

—No, no es necesario. ¡Muchas gracias!

—¿Cuándo tengo que volver a recogerte?

—Bastará con que me mandes un carruaje hacia las diez —dijo Maria—. No creo que a esas horas nadie se moleste en asegurarse de que estás sentado en él.

—¿A las diez? —repitió su padre, indignado.

Sin embargo, antes de que pudiera protestar, Maria se despidió y salió corriendo hacia la escalera de la entrada.

—¡Tengo que darme prisa! —exclamó mientras le decía adiós con la mano.

En el interior del edificio hacía frío, por lo que se arropó más con el abrigo. Durante el verano, los gruesos muros se encargaban de dejar fuera el calor insoportable de la ciudad, mientras que en invierno la temperatura era algo más agradable. En primavera y otoño, en cambio, el ambiente era inesperadamente fresco. Frente a la entrada había un reloj gigantesco que confería al vestíbulo la imagen impersonal de una estación de tren cualquiera. No encajaba en absoluto con el lujoso mobiliario barroco de las salas. Aquella parte de la universidad estaba alojada en un antiguo palacio episcopal. Debido a la falta de espacio, las cuatro facultades repartían sus instalaciones entre varios edificios de Roma, y el palacio que acogía la Facultad de Medicina era una de las ubicaciones más distinguidas. Las guirnaldas de flores de los pasamanos de la barandilla de la escalera y los angelitos mofletudos en los nichos de las ventanas daban testimonio de la riqueza de los que habían habitado el palacio en tiempos pasados. A pesar de que en algunos lugares los dorados de los relieves empezaban a desconcharse, todavía permitían imaginar lo impresionantes que debían de haber sido las recepciones y fiestas que se habían celebrado allí. Durante la época de Maria, no obstante, estudiantes más o menos motivados recorrían los pasillos angostos y de elevados techos y se atrinchaban tras puertas pintadas de blanco para estudiar.

Maria siempre subía los escalones de dos en dos para acceder al entresuelo, donde encontraba al conserje del instituto sentado tras una luna de cristal. Maurizio era un

tipo bajito y desaliñado que había perdido un brazo durante la guerra contra los Habsburgo. Se pasaba el día entero encerrado en su diminuta cabina de madera, leyendo el periódico o comiéndose el bocadillo de salami que su mujer le preparaba cada día. Maurizio no se fijó en Maria cuando esta pasó por su lado para acceder a la segunda planta, en la que se encontraba el aula de anatomía. Por el pasillo que permitía llegar a la sala en cuestión se cruzó con dos estudiantes. Andrea Testoni y Marco Balfano procedían de sendas familias burguesas acomodadas y habían empezado la carrera con ella. No obstante, a diferencia de Maria, no habían aprobado ni la mitad de los exámenes debido al estilo de vida desenfrenado que llevaban. Preferían pasar las noches en los bares y cafés de la ciudad, acudiendo a fiestas y bailes en lugar de estudiar. Trataban a Maria con condescendencia y en los últimos dos años no solo no la habían saludado ni una vez, sino que encima aprovechaban cualquier ocasión para hacerle la vida imposible. Nada más verla, Andrea Testoni esbozó una sonrisa maliciosa. Se volvió hacia Marco Balfano, que le sacaba una cabeza, y en voz alta, para que ella pudiera oírlo, dijo:

—Hoy esa bruja engreída recibirá la lección que lleva esperando desde hace tiempo.

Balfano soltó una carcajada como única respuesta. Aunque Maria ya estaba acostumbrada al odio que le profesaban esos dos compañeros de clase, el comentario le sentó muy mal.

Al fin y al cabo, no les había hecho nada. El mero hecho de ser una mujer bastaba para herir el honor de aquellos hombres. Maria se tragó la ira y pasó por su lado con la

cabeza bien alta. Los tacones de los botines atados hasta los tobillos resonaron con fuerza en el suelo pulido. Maria se concentró en ese ruido para intentar ignorar las risas malintencionadas de los dos tipos. Al final del pasillo, se detuvo y aguzó el oído. Tras la puerta se oían voces. Los compañeros de clase todavía no habían terminado los ejercicios. Eso significaba que le tocaba esperar. Nerviosa, se acercó a una de las ventanas y se apoyó sobre el alféizar de mármol. La espera se le hizo eterna hasta que por fin se abrió la puerta y dos estudiantes salieron al pasillo. Pasaron junto a Maria en silencio, sin hacerle caso, como si no fuera más que aire. Parecían afectados y estaban pálidos. Poco después, la puerta se abrió de nuevo. Esa vez, quien salió al pasillo fue el profesor Bartolotti.

—Ah, ahí está —dijo.

Bartolotti era un hombre bajo y enjuto, con la espalda encorvada. En la punta de la nariz llevaba unas gafas de montura metálica muy estrechas, y por encima de ellas lanzaba miradas severas a sus alumnos con sus ojos pequeños y oscuros. Era uno de los pocos profesores que sentía simpatía por Maria, aunque no había sido así desde el principio. Había cambiado de opinión al ver que su única alumna se presentaba puntual a todos los ejercicios, cumplía con las tareas de un modo escrupuloso y estudiaba todas las lecturas propuestas. Entretanto, Bartolotti había llegado a apreciar a Maria y, contrario a la opinión del resto de los docentes, sobre todo del doctor Sergi, se había asegurado de que pudiera participar en la clase de anatomía, aunque tuviera que hacerlo sin la compañía de los demás estudiantes.

—Entre, *signorina* Montessori, entre antes de que oscurezca del todo —la invitó, abriendo la puerta de par en par y haciéndole señas con la mano. Por encima del traje oscuro llevaba puesta una bata de médico manchada de sangre y otros restos. Maria intentó no fijarse demasiado en aquellos lamparones.

Era la primera vez que entraba en la sala de anatomía. Hasta el momento solo había oído historias escalofriantes acerca del inventario de la sala, de manera que se había formado una imagen de lo más fantásica al respecto. Titubeante, siguió al menudo profesor por la sala alargada, cuyo techo era aún más alto que el del pasillo y estaba decorado con pinturas policromas. Diosas romanas medio desnudas, sentadas en carros suntuosos de los que tiraban criaturas fantásticas. Aun así, la atención de Maria no recayó tanto en aquellos frescos centenarios como en los altos armarios que había a ambos lados y que recubrían las paredes por completo. En los estantes había un sinfín de tarros de tamaños diversos. El contenido de los recipientes le provocó escalofríos, puesto que eran miembros de cadáveres: falanges, manos, órganos internos e incluso el cuerpo entero de un nonato. A Maria se le revolvió el estómago. El almuerzo que había tomado hacía varias horas amenazó con salir por donde había entrado. Los tarros desprendían un olor nauseabundo a amoníaco y descomposición.

—Ahí detrás puede quitarse el abrigo y ponerse una de las batas para no mancharse innecesariamente el vestido —le sugirió el profesor Bartolotti, señalándole con el brazo extendido un perchero en la parte posterior de la

sala, que quedaba separada del resto de la estancia por un arco.

Maria se dirigió hacia allí enseguida, intentando no mirar a los lados. ¿Era moralmente aceptable que hubiera fragmentos de cadáveres flotando en aquellos tarros para siempre en lugar de estar descomponiéndose bajo tierra? Cuando llegó al perchero, colgó su guardapolvo y cogió una de las batas. El dobladillo estaba húmedo y pegajoso. Con un sobresalto, volvió a dejarla donde la había encontrado. Se apresuró a recuperar su abrigo del perchero, lo dobló con esmero y se lo guardó dentro del bolso que llevaba colgado del hombro. Sin duda su madre se quejaría, pero sería mejor lidiar con unas cuantas arrugas que llegar a casa con restos de cadáveres. Con la punta de los dedos rebuscó entre las batas hasta que encontró una que, a pesar de las manchas de sangre y otros restos, parecía completamente seca. Sobreponiéndose al asco que sentía, se enfundó la bata y regresó con el profesor. Bartolotti se había plantado frente a una mesa y había encendido una lámpara de petróleo. La luz parpadeante arrojaba sombras horripilantes sobre la mesa sucia.

—No nos hemos tomado la molestia de limpiar la mesa. Se volverá a ensuciar enseguida de todos modos —explicó el profesor sin darle importancia.

Maria se limitó a asentir, prefiriendo no tener que abrir la boca por miedo a vomitar.

—Hoy empezará examinando por primera vez los órganos —dijo Bartolotti—. Hemos preparado las vísceras de manera que pueda estudiarlas con detenimiento. El objetivo es que sepa reconocer por dónde transcurren los va-

esos sanguíneos principales y cuál es el tamaño y la consistencia de los órganos sanos en comparación con los que se ven afectados por una enfermedad. Quiero que explique detalladamente y por escrito todo lo que le llame la atención. Más adelante, durante el semestre, se le mostrarán partes del cuerpo. Entonces tendrá que avanzar capa a capa hasta llegar al hueso, e ir exponiendo los tendones y los músculos. Al finalizar el semestre debería ser capaz de nombrar hasta la parte más insignificante del cuerpo humano, incluso durmiendo o con los ojos vendados —explicó, e hizo una pausa antes de continuar—. Los resultados de estas tareas determinarán la nota del semestre.

Maria asintió de nuevo y se quedó mirando la palangana que había sobre el tablero de la mesa. El agua que contenía estaba completamente teñida de rojo debido a la sangre que habían tenido que recoger los estudiantes que habían estado allí antes que ella. Al lado había una toalla sucia y arrugada.

—¿Le importa si le cambio el agua?

—¿Cómo dice? —preguntó Bartolotti, algo desconcertado, mirándola por encima de la montura de las gafas.

—Digo que me gustaría rellenar la palangana con agua limpia.

—Eso sería una pérdida de tiempo innecesaria. Es tarde, y quiero regresar a casa. Mi esposa debe de estar esperándome con la cena preparada.

Con solo pensar en comida, fuera cual fuera, el estómago de Maria protestó de nuevo.

—Entonces ¿usted no se quedará aquí? —preguntó Maria, intentando que su voz no revelara el miedo que le

recorrió el espinazo y se instaló en su nuca, obligándola a encogerse de hombros.

—Por supuesto que no. ¿Qué quiere que haga yo aquí? ¿Contemplar cómo corta en finas rodajas el hígado de un borracho?

Maria empezó a marearse. Se armó de valor y respiró de forma controlada para no perder el conocimiento. El hedor era espantoso.

Se preguntó si los vapores que emanaban del cuerpo no serían nocivos para su salud.

—Le mostraré cómo debe asir el escalpelo para no hacerse daño, y luego el conserje le traerá los órganos que le hemos preparado. Para el resto tendrá que arreglárselas sola. ¿Ha traído sus libros?

—Sí —respondió Maria en voz baja.

—Muy bien. Comencemos, pues.

De un recipiente metálico con forma de riñón que estaba en un extremo de la mesa, Bartolotti eligió varios instrumentos afilados y los colocó en fila sobre la mesa sucia. Con determinación, cogió el primer escalpelo y lo sostuvo en la mano con una soltura fruto de los años de práctica. A continuación le mostró a Maria cómo tenía que agarrarlo correctamente y luego se lo tendió, esperando que lo imitara. Procedió del mismo modo con el resto de los instrumentos y al cabo de pocos minutos dio por terminada la clase privada.

—Bueno, pues ya está —sentenció el profesor con satisfacción—. Le he traído una lámpara para que no tenga que confiar solo en el tacto y el olor para reconocer los órganos —dijo riéndose de sus propias palabras, como si

le parecieran un chiste de lo más gracioso—. En menos de una hora ya no podrá verse ni las manos. El sol ya se ha puesto.

A Maria, las rodillas amenazaban con fallarle. ¿Por qué no había ni una sola silla en toda la sala, o al menos un taburete en el que poder descansar un poco? Bartolotti volvió a guardar los instrumentos en el recipiente metálico y se limpió las manos en la bata. En ese mismo instante, llamaron a la puerta. Antes de que él pudiera gritar «¡Adelante!», la puerta de madera se abrió con un chirrido y Maurizio entró en la sala. Maria se preguntó si habría abierto la puerta con la barbilla, puesto que en la mano que le quedaba llevaba un gran recipiente, parecido al que Flavia había utilizado pocas semanas antes para hornear el tradicional *panettone* de adviento. Aunque en ese caso no le llegó el delicioso aroma a vainilla, pasas, levadura y piel de limón, sino un hedor tremendo que parecía haber surgido directamente del infierno.

Con un fuerte estrépito, Maurizio dejó el contenedor sobre la mesa. Dentro había una masa oscura y viscosa que llegaba casi hasta el borde. Sin mediar palabra, el conserje arrastró sus pasos de nuevo hacia la puerta.

—Maurizio la esperará el tiempo que haga falta hasta que haya terminado. Tómese el tiempo que necesite, trabaje con calma para examinar todo lo que crea necesario.

El conserje murmuró alguna ordinariez que se perdió en la espesura de la poblada barba que le llegaba hasta el pecho y luego salió dando un sonoro portazo.

—¿Tiene alguna pregunta?

Maria tenía la cabeza repleta de preguntas, pero no se

atreví a formularlas. Bartolotti parecía impaciente, y de hecho sacó su reloj de oro y lo abrió para consultar la hora. Era evidente que se moría de ganas de marcharse a casa y disfrutar de la merecida cena que le debía de haber preparado su esposa. Se quitó la bata y la colgó en el perchero. Cuando regresó, Maria aún no se había atrevido a mirar qué había dentro del recipiente.

—Ahí tiene unos cuantos objetos de estudio excelentes —la avisó Bartolotti—. Me interesa ver qué anota al respecto. Aprenderá mucho, querida, ya lo verá.

Maria dudaba del éxito de su aprendizaje, puesto que todavía no sabía siquiera qué hacer para evitar desmayarse.

—¡Que le vaya muy bien! —exclamó Bartolotti. Se volvía ya para marcharse cuando se le ocurrió una última cosa—. Por favor, no olvide llevarse la lámpara cuando salga de la sala. Maurizio se encargará de recoger el resto. Y los órganos seccionados puede simplemente tirarlos al cubo que tiene bajo la mesa. La mujer de la limpieza lo vaciará mañana.

Maria se despidió del profesor y, en cuanto este hubo abandonado la sala, se puso a buscar el cubo que había mencionado. Nada más verlo, a punto estuvo de soltar un grito de terror. En el cubo sin tapa había fragmentos de carne de diferentes tamaños y formas. Maria se tambaleó hasta una ventana y abrió las dos hojas de par en par. A continuación, asomó la cabeza y se agarró con fuerza al alféizar. Aspiró con avidez para llenarse los pulmones del aire nocturno otoñal. Nunca le había resultado tan agradable el olor de las bostas de los caballos, del pan tostado y

del humo de las incontables chimeneas como en ese instante.

Cerró los ojos un momento. El corazón le latía a toda prisa y notaba las palpitaciones por todo el cuerpo. En cuanto el hedor hubo desaparecido por completo de su nariz, volvió a abrir los ojos poco a poco y miró hacia abajo. Un coche de plaza avanzaba por el piso desigual de la calle, una mujer cargaba con una pesada cesta llena hasta los topes de tomates y pepinos pasados. Llevaba ropa harapienta y parecía cansada. Sin duda había comprado las hortalizas más baratas que había podido encontrar. Tras ella iban dos damas mayores ataviadas con abrigos elegantes. Una de ellas llevaba una sombrilla cerrada en la mano y la utilizaba como bastón. Las mujeres caminaban por la acera recién construida que solo llegaba hasta el próximo cruce.

Maria miró a las damas acomodadas con la misma envidia que a la mujer cansada y desaliñada, pensando que de buena gana cambiaría su situación por la de cualquiera de ellas. En esos instantes, todo le parecía mejor que hallarse en aquella sala. Habría preferido cargar con un cesto de verduras podridas por toda la ciudad antes que dedicarse a estudiar el repugnante contenido del recipiente que tenía sobre la mesa. ¿Qué mal había cometido para merecer semejante castigo? ¿Estaba pagando por su arrogancia, quizás? Las dos damas que pasaban por la calle parecían más que satisfechas con sus vidas. Charlaban y reían. ¿Por qué Maria no podía contentarse con una vida anodina? ¿Por qué tenía que demostrar al mundo que una mujer era capaz de ejercer la medicina tan bien como cualquier hombre? Acto seguido, cerró los puños con fuerza.

—Porque es la verdad —se dijo a sí misma con obstinación.

Por una estrecha calle lateral apareció un farolero. En un brazo llevaba asida una escalera y en la otra mano, una linterna pequeña. Se acercó a una de las farolas de la calle, abrió la escalera, trepó hasta arriba y encendió la luz. El sol ya se había puesto y faltaba menos de media hora para que la oscuridad fuera absoluta. Maria se apartó de la ventana y se volvió de nuevo hacia la sala, pensando que sería mejor que se pusiera manos a la obra enseguida. Le llegó a la nariz una vez más el hedor dulzón de la putrefacción. Intentó respirar de la forma más superficial posible, con la esperanza de que le entrara la menor cantidad de aire posible en los pulmones, y regresó a la mesa con determinación. Era una suerte que el profesor Bartolotti hubiera pensado en encender ya la lámpara. Aparte de esa única fuente de luz, el resto de la sala quedó sumida en la más profunda oscuridad. La llama parpadeante arrojaba sombras tenebrosas en las paredes y parecía llenar de vida el contenido de los tarros de cristal. Daba la impresión de que aquellos miembros deformados estuvieran danzando dentro del líquido turbio que los preservaba. Maria se obligó a no mirarlos. En lugar de eso, se centró en el recipiente y en su horripilante contenido. Arriba del todo descubrió una masa oscura y brillante que desprendía un olor tan infame como el aliento del mismísimo diablo. Maria se sobrepuso a las náuseas y lo cogió. El órgano era resbaladizo y estaba frío. Con las puntas de los dedos, Maria sacó el hígado del recipiente y lo dejó sobre la mesa, donde se desparramó en todas las direcciones, como si quisiera huir de

Maria. Agarró uno de los escalpelos de la cubeta con forma de riñón y procedió a practicar el primer corte mientras tarareaba la melodía de una canción infantil para distraerse. Incluso su propia voz le sonó fantasmal en ese escenario.

—*Lucciola, lucciola, vien da me, ti darò il pan del re, pan del re e della regina...*

En ese preciso instante, tal como rezaba la cancioncilla, Maria habría dado de buena gana a las luciérnagas el pan del rey y de la reina con tal de no estar sola. Intentó no pensar en lo que estaba haciendo. Hasta hacía poco, aquel hígado había sido de una persona, pero en aquellos momentos lo tenía en un recipiente sobre una mesa sucia. «¡Piensa en algo bonito!», se reprendió mentalmente.

Cada vez que tenía que asirlo era una tortura; cada corte, un verdadero suplicio. Grandes gotas de sudor frío le caían desde la frente hasta la mesa, pero Maria prosiguió con el trabajo de todos modos, anotando en su cuaderno todo lo que iba observando. Cada vez que dejaba el escalpelo, se limpiaba las manos con la toalla sucia para poder agarrar el lápiz, pero aun así tenía la sensación de estar arruinando los utensilios de escritura. A medida que fue avanzando, fueron quedando cada vez menos órganos en el recipiente, mientras las partes diseccionadas iban llenando más y más el cubo. Aquella actividad le recordaba al proceso que seguía Flavia para preparar los escalopes los domingos, solo que ella no estaba cortando carne de cerdo, sino el hígado de un cadáver humano.

Maria se sobresaltaba cada vez que oía un ruido procedente de la calle. Incluso el tictac del reloj de oro que lleva-

ba colgado alrededor del cuello le resultaba estruendoso. Tras lo que le pareció una eternidad, acabó vaciando el recipiente. Maria echó un vistazo al interior. En el fondo solo quedaban secreciones espesas. Aliviada, pasó el trapo sucio por la superficie de la mesa para dejarla algo presentable. Luego sacó el recipiente de agua al pasillo para vaciarlo en el fregadero. Para ello tendría que sostener la lámpara con una mano, pero Maria no veía el momento de deshacerse de aquel caldo inmundo. Corrió tanto que el líquido sobrepasó el borde del recipiente en dos ocasiones. De nuevo en la sala de disecciones, se quitó por fin la bata sucia, volvió a colgarla con las demás en el perchero y salió a toda prisa. Bajó la escalera apresuradamente hasta el entresuelo, donde encontró a Maurizio durmiendo en su cabina. Cuando Maria lo despertó, al conserje le costó bastante recobrar las fuerzas para levantarse.

—La próxima vez no la esperaré tanto rato —se quejó con hosquedad mientras le quitaba la lámpara a Maria, lo que la obligó a bajar el último tramo de escaleras casi a ciegas. Por suerte, la luz de las farolas de la calle entraba por el ventanal del vestíbulo.

Maria salió del edificio y tomó una buena bocanada de aire fresco. Junto a la farola de gas le esperaba ya el coche de plaza que su padre había encargado para ella. De buena gana habría regresado a pie, pero por supuesto era impensable que pudiera vagar por la ciudad sola de noche. Nada más verla, el cochero saltó del carruaje. Aquel hombre flaco llevaba el sombrero calado hasta la frente y el abrigo bien ceñido alrededor del cuerpo. Era evidente que tenía frío.